

Sin ir tan allá como sus enemigos políticos, aunque con asombro de los conservadores, Maximiliano dejó de lado casi inmediatamente al nuncio, y por decreto de 7 de enero 1865, puso en vigor de nuevo las antiguas leyes, ya caídas en desuso, que sometían las bulas y rescriptos pontificios al *exequátur* del poder civil.

El nuncio protestó pero fué en vano, y entonces los conservadores comprendieron que no podrían monopolizar el imperio, según al principio lo esperaran.

Estas dificultades se complicaron con las económicas. Era necesario dinero, y para obtenerlo se recurrió á un empréstito, que se negoció en París. Este fué de 179 millones; el gobierno francés lo apoyó moralmente. Las condiciones eran: obligaciones de 100 pesos por las cuales sólo se pagaban 68, y que daban derecho á un rédito anual de 6 pesos, y á dos sorteos en que se debían distribuir 600 mil pesos de premios.

El nuevo imperio había sido reconocido por las principales naciones europeas; pero los Estados Unidos no se habían pronunciado todavía. La guerra civil no les dejaba tiempo para ocuparse en lo que pasaba en Méjico; pero así que aquélla terminó, el secretario de Estado para los negocios extranjeros de Wáshington, mister Seward, dirigió á París, en 6 de sept. de 1865, una nota en que manifestaba el deseo de que Francia no prolongara más tiempo la ocupación de Méjico.

El gabinete de las Tullerías pretendió que los Estados Unidos reconocieran el nuevo Imperio; pero aquéllos se negaron terminantemente, recordando que « al invadir á Méjico, el ejército francés había atacado un gobierno republicano profundamente simpático á la Unión, para reemplazarlo por una monarquía que el gabinete de Wáshington debía considerar como una amenaza para sus propias instituciones republicanas.»

Francia no quiso sacrificar sus buenas relaciones con los Estados Unidos ni exponerse á una ruptura con ellos. Así fué que se contentó con obtener del gobierno de Wáshington una promesa de neutralidad,

y después de estar así convenido, se efectuó la retirada y embarque de las tropas francesas.

Maximiliano creyó asunto de honra el permanecer en Méjico para defender hasta el último extremo su poder. La lucha continuó hasta que hecho prisionero el archiduque austriaco, fué sometido á un consejo de guerra y fusilado en 19 de junio de 1886, quedando victorioso el partido republicano y nacional que capitaneaba Juárez.

CAPÍTULO VI.

ESTADO INTERIOR DE FRANCIA DURANTE EL SEGUNDO IMPERIO. LOS TRATADOS DE COMERCIO. EL CANAL DE SUEZ.

Las guerras del segundo imperio fueron en general fatales á Francia. La guerra de Crimea fué gloriosa, pero costó dos mil millones de francos y más de cien mil hombres. La de Italia fué tan onerosa como aquélla y dió por resultado la creación en las mismas fronteras francesas de un Estado poderoso, que hoy se ha aliado con los adversarios del gobierno de París. La guerra de Méjico acabó con las mejores tropas y los recursos de Francia sin proporcionar á este país ninguna ventaja en compensación de daños tales. Pero interiormente, la prosperidad es muy grande. La agricultura, las artes y la industria fueron muy favorecidas, embellecidas las ciudades, la construcción de caminos de hierro llevada con increíble actividad, las instituciones benéficas vinieron en ayuda del obrero, las de crédito dieron maravilloso impulso al comercio, y la instrucción se difundió entre el pueblo. Los tratados de comercio estimularon la industria y el canal de Suez acortó la ruta comercial de la India y del Extremo Oriente.

§ I. — *Instituciones de beneficencia. — Impulsión dada á las obras públicas.*

Instituciones de beneficencia. — Las doctrinas socialistas, al estallar en el seno de la revolución de 1848, sembraron el espanto en los propietarios, amenazándolos con una expoliación que había tenido

como consecuencia el completo trastorno del orden social. Todo el mundo se apresuró á señalar el peligro de estas utopías y á demostrar lo imposible de realizar que eran; pero como los innovadores se dirigían á los apetitos de la multitud, el mejor medio de contestarles fué ponerse á trabajar para remediar los abusos que eran causa de sus declamaciones.

Los gobiernos anteriores, que entonces se complacían en calumniar, no habían descuidado los intereses públicos tanto como se pensaba. La restauración y el gobierno de julio dejaron al caer numerosas instituciones de beneficencia, que sólo necesitaban tiempo para irse desarrollando. Las salas de asilo para la niñez y la edad madura, las cajas de ahorro, existían antes de la revolución de 1848, y el gobierno estaba dispuesto á socorrer las desgracias que le eran señaladas.

Las asambleas nacionales, salidas del sufragio universal, realizaron también esfuerzos para ayudar á las clases laboriosas, dar trabajo al obrero, y mejorar su condición en los límites que lo permitían sus recursos. El 15 de julio de 1850 se promulgó una ley que desarrollaba las sociedades de socorros mutuos, colocándolas bajo la salvaguardia del Estado. Ya se había tratado de mejorar las condiciones higiénicas de las moradas obreras, favoreciendo la creación de barrios de trabajadores en los grandes centros de fabricación (13 abril). También se habían fundado cajas de retiro para los ancianos, con objeto de procurarles rentas vitalicias, mediante cotizaciones voluntarias efectuadas en la caja de depósitos y consignaciones. Estas rentas, que más tarde han aumentado, no debían por de pronto pasar de 600 francos; el imponente podía empezar á disfrutarlas á los 50 ó á los 60 años (18 junio 1850).

Un decreto de 22 de enero de 1851 estableció la asistencia jurídica, esto es, la gratuidad de la justicia para las personas pobres. Después se crearon (3 febrero)

en interés de las clases inferiores, baños y lavaderos públicos. La ley limitó las horas de trabajo que el amo puede imponer al aprendiz, determinando también la naturaleza del trabajo, para impedir los abusos de autoridad que el afán de lucro hacía demasiado frecuentes por desgracia (22 de febrero).

El gobierno imperial agregó á estas instituciones de beneficencia la creación de médicos cantonales, que visitaran gratuitamente á los enfermos del campo (1854); la fundación de los asilos de Vincennes y del Vesinet, destinados á los trabajadores convalecientes ó mutilados (1855), y el orfanato del Príncipe Imperial (1856). La emperatriz había tomado por su parte bajo su protección, inmediatamente después de su matrimonio, las sociedades de caridad maternal, y de ahí resultaron grandes progresos en cosa tan interesante.

Estas instituciones participaron del crecimiento general de la prosperidad pública. En todo el imperio se fundaron nuevas cajas de ahorros y los depósitos hechos en ellas se duplicaron en unos cuantos años. El número de sociedades de socorros mutuos aumentó en proporción análoga, y la caja de retiro para la vejez vió aumentar el número é importancia de las sumas llevadas á ella. Ya en 1863 pasaba de doscientos mil el número de imponentes. Hoy se cuenta en Francia una libreta de caja de ahorros por cada 15 ó 20 habitantes.

Impulso dado á las obras públicas. Monumentos. Embellecimiento de las ciudades. — En 1848, los inventores de utopías querían transformar el Estado en una fábrica inmensa, poblada de toda clase de talleres, en los cuales tenía derecho todo obrero á presentarse á pedir trabajo. Tan subversivas doctrinas acabaron al mismo tiempo con el crédito y la confianza. Los negocios se paralizaron por completo; nunca faltó el trabajo tanto como en aquella época en que se quería imponer al Estado la obligación de dar ocupación á cuantos lo deseaban.

Mas, al consolidarse un tanto las bases de aquella sociedad, y cuando el poder se sintió bastante fuerte para reprimir las agitaciones que amenazaban perpetuamente la tranquilidad pública, el comercio y la industria tomaron nuevos vuelos. En vez de emplear á los obreros en trabajos inútiles como antes, las grandes ciudades pensaron en mejorar las condiciones de sus barrios más defectuosos, y en dar aire y luz á la parte de la población que de tan preciosos bienes carecía.

París fué la primera en dar este ejemplo. Napoleón I había hecho ya mucho por el embellecimiento de la capital; pero las numerosas guerras que tuvo que sostener le impidieron poner cima á sus proyectos. Napoleón III los hizo suyos y apresuró la realización de los mismos con asombrosa rapidez. En efecto, transformó el bosque de Boulogne en un parque elegante y agradable, é hizo ejecutar en el de Vincennes obras análogas, para favorecer el desarrollo de los barrios comerciales é industriales. En 1859 se llevaron los límites de París hasta las fortificaciones, y esto duplicó la superficie de la capital.

El Louvre fué reunido á las Tullerías, según lo proyectara el primer emperador (1852-1857); sobre el Sena se establecieron nuevos puentes; la calle de Rivoli se prolongó hasta el barrio San Antonio; el Palais Royal fué aislado, así como San Germán el Auxerrense y la torre de Santiago, de toda una red de callejuelas estrechas y oscuras donde era imposible la circulación. Además, se abrieron los *boulevards* de Sebastopol y de San Miguel, al este los de Magenta, de Mazas y Voltaire, al oeste el de Beaujon y doce avenidas que parten de la barrera de la Estrella. El canal de San Martín fué cubierto, y encima se construyó el *boulevard* de Richard-Lenoir, al cual se le puso este doble nombre en recuerdo de los dos industriales así llamados, que tantos servicios prestaran á Francia en la época del primer imperio.

Los antiguos monumentos fueron restaurados. Nuestra Señora de París vió desaparecer las señales de los estragos que en ella causaran el tiempo y las revoluciones, reconquistando la ligera aguja que con tanta gracia se alza entre sus dos majestuosas torres. La Santa Capilla obtuvo análogo favor, con lo cual reapareció tan esplendorosa como antes aquella obra maestra del siglo de San Luis, que tan abandonada estuvo por mucho tiempo. Los pórticos de San Gervasio, de San Esteban del Monte fueron mejorados, y la iglesia de San Dionisio. San Germán de los Prados debió al talento de Flandrín sus magníficas pinturas, y al hotel de Cluny se le devolvió su carácter gótico, aislándolo del grupo de casas en medio del cual se encontraba, por decirlo así, completamente perdido.

Santa Clotilde fué reconstruida, y se edificaron otras iglesias, que se deseaba fuesen dignas de París. Mas, era natural que en un siglo de movimiento y de negocios se consagrara el arte de manera casi exclusiva á la industria. Los monumentos que hoy se construyen tienen casi todos fin comercial, como las inmensas estaciones, los grandes mercados, las lonjas, las fondas y los palacios análogos al de la Industria.

Los departamentos entraron por las mismas vías. Lyon renovó sus barrios más antiguos, abrió calles magníficas y ensanchó sus plazas públicas; Marsella construyó muelles magníficos, é hizo que sus puertos fueran dignos de la importancia de su comercio; Ruán derribó multitud de barrios para reconstruirlos más tarde; y otras diversas ciudades trabajaron también en su propia renovación y embellecimiento. El anfiteatro romano de Nimes, el circo de Arlés, el castillo de Luis XII en Blois, los baluartes de Aviñón, el palacio ducal de Nancy, la sala sinodal de Sens, multitud de catedrales y de iglesias góticas fueron restauradas; el nuevo arte se esforzó por todas partes en reproducir el antiguo, en interés de las curiosidades arqueológicas que cubrían el suelo de Francia.

Terminación de la red de caminos de hierro. — Los caminos de hierro cuya construcción votó el Parlamento en 1842 se terminaron en la época imperial. La primera red es explotada hoy por seis grandes compañías: las del Norte, del Este, del Oeste, del Mediodía, de Orleans y de Lyon-Mediterráneo. Estas grandes líneas ponen á Francia en comunicación con todos los puntos de Europa.

Á la red principal se han añadido otras secundaria y terciaria; en la actualidad ha adquirido gran desarrollo esta industria, y á más de las líneas de las compañías, existe una red del Estado. En 1842, al resolver el gobierno de julio que se diera gran impulso á esta especie de trabajos, se concedieron 2.987 kilómetros. Diez años más tarde, en 1852, el número de kilómetros concedidos sólo se elevaba á 6.081 kilómetros; en 1863 á 20.392. En 1869 había 12.996 kilómetros en explotación, y en 1886 esta cifra sube á 33.319 kilómetros. El crecimiento ha sido análogo para las demás naciones de Europa, y fabuloso para los E. Unidos, que miden más de 221.000 kilómetros.

Por lo que toca á la telegrafía eléctrica, indispensable para la misma industria de los caminos de hierro, y que ha puesto al globo entero en comunicación instantánea, la siguiente nota de los kilómetros de alambres eléctricos que poseen Francia y los Estados Unidos, nota que puede servir para apreciar el desarrollo de este servicio, indicará mejor que nada el punto á que se ha llegado: Francia, 83.563 kilómetros; E. Unidos, 273.000 kilómetros de alambres telegráficos, sin contar los de los caminos de hierro, de los particulares y del gobierno.

Canales. Transformación de la escuadra.

— La construcción de caminos de hierro no ha estorbado el crecimiento de los canales y de los caminos vecinales. Los caminos imperiales, que presentaban en 1854 un desarrollo de 36.038 kilómetros, alcanzaban 38.252 kilómetros á fines del imperio. La ley de 22 de

mayo de 1836 contribuyó sensiblemente á la mejora de los caminos vecinales. En 1861, escribió el emperador una carta al ministro de lo interior sobre estos medios de comunicación, señalando su importancia para los habitantes de las regiones rurales, y entonces se concedieron nuevas sumas para este servicio público.

Al mismo tiempo se trató de impulsar la apertura de canales, otro medio de comunicación muy valioso para el comercio y la industria, por lo económico que resulta. El estado expropió en 1853 los canales del Ródano al Rhin, de Borgoña, del Nivernésado, y el canal lateral del Loira, á fin de reglamentar las tarifas según las circunstancias. Francia tuvo en un momento 4.750 kilómetros de canales. Empezóse también á construir el canal de Marano á la Rochela, para unir este puerto con la cuenca del Sevre; el canal de las hulleiras del Sarre y el ramal de Colmar, para el transporte de los carbones de piedra de Saarbrück; el canal de Roubaix, que debe poner en comunicación la cuenca del Escalda con la del Lys; el del Marna al Saona, para el envío de la Alta Marna á París ó á la Alsacia, y por fin el canal del Sena superior, que forma la prolongación del de Troyes á Marcilly.

El puerto de Marsella fué considerablemente ensanchado, añadiéndose al antiguo dique, que sólo presentaba una superficie de 29 hectáreas, el de la Joliette, terminado en 1855, que duplicó casi la superficie de agua resguardada. Á esto se añadió más tarde los fondeaderos Napoleón, del Lazareto y Arenc. La línea de los muelles fué triplicada poco más ó menos, alcanzando casi diez kilómetros de extensión.

En Dunkerke, en el Havre, en Dieppe, en Brest, Saint-Maló, Saint-Nazaire y Burdeos se ejecutaron grandes trabajos. El 30 de diciembre de 1853 se acabó el dique de Cherburgo, empezado en 1783, é interrumpido diferentes veces, construyéndose además el fondeadero nuevo, que se inauguró en 1858. Esta fiesta, á que

se convidó á la reina Victoria, permitió á los ingleses darse cuenta, no sin inquietud, de los progresos que en unos cuantos años había realizado la marina francesa.

Entretanto, la escuadra francesa iba reemplazando sus barcos de vela por navíos de vapor, gracias á los créditos votados con tal fin, y que debían invertirse en catorce años. La nueva flota se componía en 1863 de trece buques de vapor, de 23 barcos mixtos ó de vela susceptibles de recibir una máquina de vapor, de 6 fragatas acorazadas, de 18 fragatas, de 10 corbetas, de 63 avisos y de 26 cañoneras, ó sean en totalidad 145 buques, sin contar los buques de la antigua escuadra y los transportes.

§ II. — *Impulso dado á la agricultura, la industria, y las artes. Instituciones de crédito. Tratados de comercio. El canal de Suez.*

Impulso dado á la agricultura. — Todos los gobiernos han considerado la agricultura como la primera fuente de la riqueza pública. La Restauración había favorecido en interés de la aristocracia territorial, logrando así elevar en cerca de un quinto el producto de las tierras. El gobierno de julio creó un consejo general de la agricultura, y formó comicios agrícolas para ayudar al perfeccionamiento de los instrumentos aratorios é investigar qué métodos de cultivo eran los mejores para cada localidad. El Estado estableció en diversos puntos de Francia granjas modelos, y organizó concursos agrícolas en favor de los esfuerzos que podían intentarse para mejorar el suelo y hacer más próspera la cría de animales.

La primera exposición agrícola se celebró en Poissy el año de 1843; después se concretó á los animales destinados á la alimentación pública. En 1850 se creó una nueva clase de exposiciones agrícolas para los animales reproductores, el ganado menor, y los instrumentos y aparatos destinados á la agricultura y

á los productos de la industria rural. Después fué dividida Francia en diferentes regiones, cada una de las cuales comprendía varios departamentos. Hay una exposición anual para cada región, otorgándose primas á los agricultores que obtienen con menos gastos resultados más ventajosos. Hoy se cuentan doce de estos concursos en cada uno de los que entran siete departamentos; además, hay de ochocientos á mil exposiciones agrícolas más, distribuidas de modo irregular por toda la superficie de Francia.

El emperador hizo destinar en 1855 importantes créditos al agotamiento del Soloña, cuyos pantanos se extienden por parte del Loiret, del Cher, del Loira y Cher. La granja modelo de la Motte-Beuvron sirvió para dirigir los trabajos de cuantos querían contribuir á sanear y explotar aquellas vastas regiones. El emperador quiso al mismo tiempo que se fijaran y se consolidaran las dunas de la costa de Gascuña, transformando en bosques las landas que cubren esta parte de Francia.

Con arreglo al informe dirigido en 1860 al emperador por el ministro de agricultura, los terrenos comunales presentaban una superficie casi improductiva de 2.790.000 hectáreas. Se quiso remediar este inconveniente alentando la repoblación de los montes, creando caminos forestales para facilitar la circulación de los productos, y excitando el celo de las administraciones locales.

Las inundaciones que asolaron en 1856 los valles del Ródano, del Saona, del Loira y del Allier demostraron también que era necesario construir diques para proteger las ciudades. Además, se indicó que uno de los medios más eficaces de contener el curso demasiado rápido de las aguas era la repoblación de los montes. Así fué que á fines de 1863 ya habían sido objeto de esta operación unas 30.000 hectáreas de terreno.

La ley de 40 de junio de 1854 facilitó por su parte á los propietarios la operación dispendiosa del ago-